

Miguel Batllori: RECUERDOS DE CASI UN SIGLO (*)

Pocos libros me han producido más desazón que estas *Memorias* del jesuita Miguel —ahora Miguel y no Miquel, como casi siempre en sus últimos tiempos— Batllori. Nonagenario, escrito por dos mujeres que recogieron sus confidencias, cabría atribuir a sus achaques esa falta de sentido de su libro. Me temo que no. Ese es Batllori, ese ha sido siempre Batllori. Al menos últimamente. No hay por qué buscar otras cosas, pues no las hay.

No se percibe en el libro el más mínimo aliento religioso. No hay piedad, no hay creencia en Dios, no hay amor a la Virgen... Nada. Un historiador que vivía cómodamente en unas residencias religiosas. Aprovechándose todo lo que podía de ellas. Y de su *status*. Presumido, vanidoso, superior a casi todo el mundo —algunos, muy pocos, tal vez merecieran un trato de iguales—, autodefinido como resistente catalanista antifranquista, me imagino que con gran sorpresa de quienes fueron ciertamente, con riesgo y cárcel, seguidores de esa opción, pero, sobre todo, persona carente de todo hábito religioso. Y si de lo que abunda en el corazón habla la boca... ¡Qué poca abundancia! ¡Qué mala abundancia!

Para un historiador los hechos son los hechos. Y debe exponerlos con absoluta veracidad. Pero esos hechos después hay que interpretarlos. Y ahí aparece el sustrato ideológico del historiador. Batllori no tiene sustrato. No es sacerdote. No es jesuita. Pero, lo peor, es que no es nada. Una especie de avefría que revolotea sobre campos religiosos. Pero tampoco el objeto de la investigación indica afectos. Sólo necesidades. Un joven jesuita que diga

(*) Recopilados por Cristina Gatell y Gloria Soler. El Acanalado, Barcelona, 2001, 419 págs.

a sus superiores que su campo de investigación va a ser Alejandro Magno y la homosexualidad corre el riesgo de que le manden a misiones. Y Batllori no quería riesgos. Sólo tranquilidad. Si con ella venía la fama, mejor. Lull, los jesuitas de la diáspora italiana y, en su vejez, el chollo de Vidal y Barraquer, que le ha permitido apuntarse a Montserrat, el catalanismo y el antifranquismo, son necesidades. ¿Que de la necesidad hizo virtud? Cierto. Y hasta grados inconmensurables. Pero no caigamos en su genial, por inteligentísima, justificación autoencumbradora. Porque sólo hay algo que no se puede negar a —¿Miquel? ¿Miguel?— Batllori: su privilegiada habilidad para autovenderse.

Si por la avanzadísima edad a la que ha llegado, el título del libro es bastante exacto, creo que aún respondería más a la realidad si se titulase "Mecachis qué guapo soy". Porque eso es lo único que resulta de las cuatrocientas páginas: una enorme satisfacción por haberse conocido. Desde el primer momento de niño altoburgués de Barcelona. Si nos presenta a toda su familia... Padres, abuelos, hermanos, tíos, primos... Descritos y retratados. También son curiosas las fotografías. Abundantísimas. Pero, qué escasas las propiamente religiosas: una celebrando misa, otra en un púlpito... Las demás, *ad maiorem Batllori gloriam*. También se nota en ellas su apresuramiento en despojarse de la sotana y el *clergyman*. Con lo que quien tan orgulloso se muestra de sus orígenes acomodados termina pareciendo un tendero de ultramarinos, eso sí, de barrio bien.

El P. Leturia le preguntó un día: "Usted, pensando como piensa y hablando como habla, ¿cómo ha podido perseverar en la Compañía?" (pág. 210). Y esa es la pregunta inevitable después de la lectura de este libro. Los Papas le parecen mal, salvo Juan XXIII. Los generales de la Compañía le parecen mal, incluso Arrupe, porque nunca le gustaron los carismáticos. El peor Janssens: "antes un concubinario que otro místico" (pág. 281). Los estudios de la Compañía penosos: "También rechacé, desde un principio, la teología que me enseñaron, una teología que vivía aún de la de los siglos XVI y XVII" (pág. 342). Del noviciado y el juniorado más vale no hablar: "Dos años de noviciado

en Gandía y otro estudiando Humanidades en Veruela enfrentaron a Miguel Batllori con la intolerancia y el reaccionarismo del ambiente religioso español de aquellos momentos" (pág. 117). Lo de Veruela para no recordar: "Uno de los escasos buenos recuerdos que de él mantengo vivos era el acierto de ofrecer a los jóvenes que allí estudiábamos una enseñanza que ahora denominaríamos de inmersión en el latín" (pág. 121). Un joven que ya no era un niño, de acomodada posición social que deja todo por seguir a Jesucristo sólo tiene malos recuerdos salvo su inmersión latina. Este chico era muy raro. La expulsión de la Compañía le lleva a Italia. Pero nada mejora: "Mi juicio sobre aquel conjunto de años resulta globalmente negativo, dado que los estudios literarios de los jesuitas eran entonces muy ramplones y pasados de moda" (pág. 122). Es difícil encontrar a un joven con un sentido masoquista más desarrollado. Es como si en el fondo disfrutara con aquella "intransigencia" y aquella "intolerancia" "completamente inconcebibles" (pág. 122). ¿Qué hacías allí?

"Aprobado con nota", sus tres años de Filosofía (pág. 124). No un notable o un sobresaliente, simplemente un aprobado alto. Y de nuevo a sufrir porque no sólo se "enseñaba una teología completamente preconiliar" —otra cosa sería un milagro, pues faltaban casi treinta años para el Concilio— sino que, además, sus compañeros "tenían una mentalidad tan cerrada como los anteriores profesores de Humanidades de Veruela" (pág. 124). ¿Se sentía el joven Batllori convencido de una misión divina que le llevaba a sufrir todo aquello, en aquella espantosa Compañía, con aquellos espantosos superiores y profesores y con unos no menos espantosos compañeros en aras de una tarea apostólica que requería ese amargo trago, de hiel y acibar, por un reino de Cristo que él soñaba o que Cristo le había revelado? Tampoco. El joven Batllori, perfecta representación en la Compañía de Jesús del *Vanellus vanellus*, en castellano la avefría, "no tenía un interés estrictamente pastoral o una finalidad estrictamente apostólica" (pág. 120). ¿Para qué diablos quería este joven hacerse sacerdote? Los lectores de sus *Memorias* no lo averiguarán nunca. Pero hay una duda más. ¿Era

Batllorei el colmo de la doblez y de la hipocresía? Pues como para pensar que sí. Ya que tuvo que engañar completamente a los jesuitas de entonces, que serían todo lo integristas que ustedes o Batllori quieran, pero que no eran tontos. Porque a un elemento así nunca lo hubieran ordenado. Y como tampoco me creo a un Batllori tan listo, pcese al esfuerzo que él hace en el libro para que nos lo creamos, como para engañar a todos los superiores, no me queda otro remedio que creerme otra historia muy distinta. Lo que no sé es si los años le han privado de la memoria o, si recordando aquella época nos quiere contar otra historia cultivando el mito que tanto parece gustarle del *enfant terrible*. Batllori tuvo vocación sacerdotal y jesuítica. Y la siguió ilusionado. Le parecieron bien los estudios que siguió como pudo en la espera del soñado sacerdocio. Y así se ordenó. Si hoy tiene seco el corazón de ilusiones religiosas, cosa que por la lectura del libro cabría asegurar, es otro problema. Miles de jesuitas en este caos posconciliar abandonaron la Compañía, generalmente en pos de un matrimonio, civil o religioso. Podrán decir o escribir hoy lo que quieran. Que abandonaron una Compañía integrista, alienante, en la que no creían, que les deshumanizaba... Lo que quieran. La inmensa mayoría de ellos tuvieron vocación religiosa, amaron a la Compañía, esperaron ilusionados el sacerdocio. Después... La vocación hay que cultivarla todos los días y ellos no lo hicieron. Y llegó la hora del abandono. Que no se explica por los estudios, los superiores o los compañeros. Pues, *mutatis mutandis*...

Y dentro del mito Batllori, la otra faceta: la política. Maciá y Companys, Tarradellas y Pujol fueron unos aficionados al catalanismo y al antifranquismo comparados con Batllori. Sólo le ha faltado decir "Cataluña soy Yo". Aunque casi lo dice. Sin una sola prueba. Más bien las que aporta aseguran lo contrario. Amigo de los embajadores en Roma y de los agregados culturales, nombrado en 1958 académico de la Historia, en 1958, con Franco en plena forma, visitando España cuantas veces quería y sin el menor problema, escribiendo sobre todo en castellano, aunque él jure y perjure sus amores al catalán, llamándose Miguel casi siempre, el Miquel es tardío, recibiendo, encantado, premios

españoles y, sobre todo, sin una sola de las incomodidades del exiliado. No vale la pena extendernos más. Hemos llegado a la conclusión de que Miguel Batllori, como persona, vale poco la pena. Como historiador es otra cosa, pero no más que un García Villoslada, un Frías, un Astrain o un Llorca, por referirnos sólo a algunos jesuitas. Pero el libro es de memorias. Y es la persona lo que nos presenta. El gusto no es mío.

FRANCISCO JOSÉ FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA

Fernán Altuve-Febres: HOMENAJE A ÁLVARO D'ORS^(*)

Fernán Altuve-Febres es un distinguido historiador y jurista peruano, autor de un notable libro sobre "los reinos del Perú", del que acaba de aparecer una segunda edición con prólogo de Guillermo Lohmann Villena —la primera lo traía del no menos distinguido Vicente Ugarte del Pino—, con lo que en cuanto al prologuista se suma el historiador al jurista y se ponen en evidencia las dos facetas del compilador de la obra que presentamos a los lectores de *Verbo*. Con motivo de cumplirse los cuatrocientos cincuenta años de la fundación de la Universidad de San Marcos de Lima, entre los fastos organizados para tal conmemoración, se puso en marcha un libro-homenaje a Álvaro d'Ors, con colaboración de amigos y discípulos tantos peninsulares como ultramarinos, en una suerte de reconocimiento de la ciencia jurídica hispánica a quien es sin el menor género de dudas uno de sus maestros más insignes. Y el resultado es, ciertamente, satisfactorio.

A la presentación de Ugarte del Pino, gran amigo de nuestros maestros Vallet de Goytisolo y Elías de Tejada, con quien compartió el empeño de la Asociación de Iusnaturalistas Hispánicos

(*) Dupla Editorial, Lima, 2001, 200 págs.